

Nómadas en el laberinto

Escrito por LA GÁRGOLA IMPASIBLE
Viernes 27 de Mayo de 2011 00:00



La única manera de salir de un laberinto clásico, de esos que se enroscan en espiral, es volver sobre tus propios pasos y deshacer el camino hasta llegar a la entrada.

Por desgracia, aquella maraña de setos, altos como una casa de seis pisos, era mucho más compleja y, a cada paso, se abrían nuevos pasillos que se internaban en recovecos, con giros inesperados. La mayoría de las veces densos muros de enredaderas cerraban el paso poniendo fin a la ruta.

Hacía tanto tiempo que deambulaban por aquella encrucijada que, ni *hilos* de Ariadna, ni rastros hechos de piedras blancas, servían para que se orientaran, señalándoles la salida. Cualquier estratagema ideada para dejar marcas en los caminos cerrados, eran engullidas por la vegetación o borradas por ráfagas de viento, extrañamente precisas. La idea de trazar un mapa, un archivo, de cada giro, de cada vuelta y de cada regreso al campamento, era misión para titanes y, con el tiempo, también la descartaron. Después de todo, las últimas generaciones de nómadas, habían nacido a la sombra de los setos, y no conocían otra vida que aquel interminable viaje.

Nadie recordaba en que momento se perdieron en la encrucijada. Cuando la noche llegaba y se imponía un descanso, los ancianos, contaban sus leyendas a los más jóvenes, cerca de la lumbre de las hogueras. Con ojos soñadores, los niños, intentaban imaginar como sería la vida en aquellos paisajes que describían en los cuentos y que hablaban de llanuras y valles inmensos, de cielos abiertos sin muros que los enmarcaran y de aquello que llamaban mares y que definían como dunas de arena azul que estaban siempre en movimiento.

Nómadas en el laberinto

Escrito por LA GÁRGOLA IMPASIBLE
Viernes 27 de Mayo de 2011 00:00

Por la mañana, después de recoger los bártulos, levantaban el campamento y, todos, se ponían en marcha, avanzando por un nuevo pasillo, sin saber si iban o venían, o si la jornada acabaría en un nuevo camino cortado. Solo avanzaban, en caravana, nómadas en el laberinto.

Las bardas que cercaban aquella zona se hacían cada vez más estrechas y los cipreses y hiedras que formaban las paredes, poco a poco, dejaban paso a zarzales espinosos que se combaban hasta formar un pasaje abovedado. A la luz del día le costaba colarse a través del entramado de agujas y causaba un ambiente sombrío por el que internarse. El menor movimiento en falso y la estrechez del corredor lleno de púas se aliaban para herir sus extremidades, rasgándoles las vestimentas.



Como otras veces, una fuerza invisible borraba sus propias huellas y ya nadie se planteaba regresar. Después de todo, aunque angosto, aquel podía ser el camino correcto. Quizá fuese la última prueba a superar y el túnel lacerante fuese la antesala de la liberación.

Avanzaban encogidos, tirando de sus pertenencias. Se protegían el rostro con turbantes, pero la tela se enganchara en los garfios de las zarzas, ralentizando, aun más, su marcha. Los que andaban a la cabeza desbrozaban, con machetes, la maleza, hasta que las heridas y el esfuerzo los dejaban exhaustos. Solo entonces eran relevados para que otros abrieran camino.

Nómadas en el laberinto

Escrito por LA GÁRGOLA IMPASIBLE
Viernes 27 de Mayo de 2011 00:00

Fueron jornadas agotadoras, hasta que, una tarde, de forma inesperada, la bóveda de espinas se abrió dejando ver un cielo crepuscular y, frente a ellos, las últimas ramas cayeron segadas por el filo de las herramientas. Más a delante el terreno se ensanchaba, formando un inmenso rectángulo liso, flanqueado por altos muros de impenetrables cipreses.

Aliviados, los nómadas, se tomaron un descanso y organizaron un campamento donde recuperar fuerzas, curar heridas y zurcir desgarros.

Aquel lugar no se parecía en nada al resto del laberinto. Nunca antes habían estado en un espacio tan abierto, donde los muros estaban separados por cientos de metros. Por un momento pensaron que tal vez fuera el final del viaje y que aquel era el punto de inflexión, el epicentro del que hablaban los escritos. Pero el lugar, aunque despejado, seguía estando amurallado.

Uno de los ancianos, que conservaba un gran catalejo, hecho con asta de narval; una reliquia de sus ancestros, apoyó el largo cuerno en una vara que le servía de cayado, e inspeccionó el llano. Alarmado, llamó la atención de sus compañeros moviendo los brazos como las palas de un molino, al tiempo que se agachaba llevándose un dedo a los labios, para que guardaran silencio.

El terreno yermo y arenoso que se abría ante ellos estaba moteado por altos matorros negros, que el viento hacía temblorosos. O eso parecía a primera vista. La noche se acercaba y las sombras confundían los contornos.

Las hierbas oscuras resultaron ser pájaros negros, cuervos del tamaño de una mochila. Miles de ellos, cubriendo la mayor parte de la explanada.

Nómadas en el laberinto

Escrito por LA GÁRGOLA IMPASIBLE
Viernes 27 de Mayo de 2011 00:00

